

CARTA DEL EDITOR

Estimado lector:

El enorme prestigio de Ivan Illich se ha basado hasta ahora en la repercusión de sus enseñanzas en el CIDOC, el Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca. Sus escritos, que han circulado en todas las lenguas en copias mimeográficas, han comenzado sólo recientemente a aparecer en libros. Primer editor en castellano de Illich, Barral Editores publica *La sociedad desescolarizada*, suerte de provocación a una auténtica «revolución cultural», en nombre de la cual conmina al lector a una crítica radical de los mitos y de las instituciones sobre las que se asienta un mundo progresivamente deshumanizado. Oponiendo escolarización a educación, Illich denuncia la industrialización del conocimiento teóricamente útil, las formas de culturización que sirven para crear consumidores y egresan ciudadanos aptos para la competitividad en la sociedad industrial. Junto con *La sociedad desescolarizada* aparece el libro capital de Ivan Illich, *La convivencialidad*, término que designa para el autor lo contrario a productividad industrial. El libro es una teoría acerca de los límites naturales del crecimiento de la sociedad humana, un intento de respuesta a preguntas como, ¿qué ocurrirá después de este período nuestro en que la producción industrial crea y multiplica las necesidades a que atiende, en que la medicina inventa enfermedades, la velocidad distancias y la escuela unos campos reflejos del conocimiento que finalmente han de revertir en el mecanismo industrial de la educación organizada?

Durante el mes de abril aparecerán una monografía sobre un tema fundamental de la antropología, *Matrimonio*, de Lucy Mair, y un estudio sobre *La sexualidad femenina*, que pone de manifiesto una realidad aterradora: la insaciabilidad sexual de la hembra humana reprimida desde las formas ancestrales de civilización. La doctora Mary Sherfey ha hecho estudios con las hembras de los primates superiores, y ha llegado a la conclusión de que el comportamiento social de la hembra humana sería absolutamente equivalente en condiciones distintas a las de la tradición civilizada.

Durante el mes de abril aparecen también en Ediciones de Bolsillo la traducción de las *Historias del señor Keuner*, de Bertold Brecht, y *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, de Thomas de Quincey, en traducción de Luis Loayza. En la misma serie, un curioso experimento literario, la novela escrita por el Premio Nobel Heinrich Böll y otros nueve escritores alemanes sobre un tema policial, basándose exclusivamente en el conocimiento de cada capítulo inmediatamente anterior al que cada escritor realiza, *El consejo mundial de los indiscretos*.

En *Serie de Respuesta* aparecen *Personas en relación*, del psicólogo John Macmurray, libro que viene a completar la teoría iniciada en *El yo como agente*, y *La mano del teñidor*, una colección de ensayos literarios de uno de los más brillantes poetas en lengua inglesa de este siglo, W. H. Auden.

Finalmente, Barral Editores iniciará este mes una nueva serie, *Rescate Textual*, que ha de consistir en una colección de libros que redimen del olvido textos importantes, que se publican precedidos de un estudio; el primer volumen es el de Miguel de Molinos. Consiste en la reimpresión en texto crítico de la *Guía Espiritual* y de la hasta ahora inédita *Defensa de la Contemplación*, del místico de Munuesa, precedidas de un estudio sobre el caso Molinos del poeta José Angel Valente. En esta serie aparecerán más adelante volúmenes de la *Ética*, de Epicuro; las sentencias de los místicos sufís, etcétera.

uno se pregunta, tras de celebrar la presencia de un teatro de imágenes, si no será necesario empezar a decir que tales imágenes no deben —como en la versión escénica de Ghelderode— desentenderse de las palabras, ni —como en la obra de Alberti— cambiar la pesadilla reconocible por el delirio estetizado. En otro orden de cosas, habría preguntarnos si el carácter hermético de ambos resultados no viene a negar uno de los supuestos sociológicos de este teatro independiente que ve en la imagen un camino para llegar —en profundidad y amplitud comunicativa— allí donde no llega el verbalismo. Aunque es obvio que la razón última de todos estos problemas no está en los grupos precisamente... ■ J. M.



JAZZ

Sábado de gloria para Art Blakey

Hace dos años y medio, recalando en Madrid por asuntos dicen que sentimentales, Art Blakey se rindió a la petición de unos cuantos aficionados fidelísimos y tocó la batería durante media hora. El artillero número uno del «jazz» actuó gratis, just for a good time, según sus propias palabras. Todos los que, por azar o por rutina, estábamos en el WJC aquella noche asistimos de improviso a una formidable lección de arquitectura rítmica, de sabiduría musical retenida y transmitida a golpe de tambor.

Ha tenido que pasar todo este tiempo para que, en el Balboa Jazz, cogiéndonos de nuevo por sorpresa, Art Blakey realizara su debut oficial en Madrid, al frente de sus legendarios *Jazz Messengers*. Sólo una noche, como la

otra vez, pero en la que se tocó el mejor «jazz» que hemos oído en esta ciudad desde hace diez años. La pequeña pero aguerrida sala Balboa Jazz ha inaugurado gloriosamente la primavera.

Art Blakey, a los cincuenta y cuatro años, no es solamente uno de los grandes baterías contemporáneos, también es un músico de ideas y músculos en perpetuo movimiento, dotado de una enorme capacidad de invención, adaptación y síntesis, pero, sobre todo, un líder, un jefe de fila, con la reputación de ser el más sagaz cazatalentos de todo el «jazz». No en vano Horace Silver, Hank Mobley, Lee Morgan, Jackie McLean, Freddie Hubbard, Wayne Shorter y Keith Jarrett, entre otros muchos, han velado sus primeras armas al lado de Blakey el artillero. En los años cincuenta, Art Blakey fue un elemento decisivo de la llamada escuela *hard bop*, que tantos improvisadores de genio ha dado al «jazz». El *hard bop* significó una vuelta a las raíces fundamentales de la música negra —inflexiones «gospel», estructura del «blues», uso de «riffs», y ahí el dinamismo rítmico de Blakey jugó un gran papel. Su estilo a la batería es inmediatamente identificable: un preciso y flexible manejo de los platillos, un «hit-hat» de relojería, una puntuación entrecortada por súbitos y fulminantes ataques sobre la caja, y por encima de todo, una superposición de ritmos que llena completamente el espacio sonoro con los recuerdos de la mítica África. Pero nadie se podía imaginar que, en 1974, Art Blakey supiera reunir un grupo tan moderno, tan excitante y de una homogeneidad tan efectiva. Cuatro jóvenes y muy expertos músicos —Olu Dara, trompeta; Carter Jefferson, saxos tenor y soprano; Cedric Lawson, piano, y Stafford James, contrabajo— elaboran, bajo la dirección de Blakey, una música de insospechado «swing», descodificando

con suma destreza todos los recursos del «jazz» actual, desde las técnicas «free» —libre elección de tono, improvisación espontánea, atemismo, efectos sonoros no usuales—, hasta el contagioso «boogaloo» de apretado y subyugante vaivén, pasando por la recreación-escritura de los clásicos temas-Blakey-de-toda-la-vida. La interpretación de *Blue March*, por ejemplo, revistió caracteres épicos. Pocos veces habré escuchado un arreglo tan inteligente, tan comunicativo y tan feliz. Al acabar la actuación, Art Blakey tomó el micrófono para presentar caballeramente a cada miembro del grupo, y confirmó, por si aún quedara alguna duda, la fe absoluta que tienen en su música. Unos minutos después declaraba: «Creemos en lo que estamos tocando, y haremos todo lo que sea necesario para que la gente crea también en ello». Veinte años después de fundar la cooperativa *Jazz Messengers*, el joven y viejo Blakey sabe encontrar todavía mecha seca y pólvora sin humo. ■ J. L. RUBIO.



ARTE

Hace dos o tres semanas fui a Valencia. Echar una mirada mínima a las nuevas galerías era una manera de pulsar lo que pasa por allí en el mundo del arte. Valencia es una ciudad extremadamente viva, y por allí también tenta que verse algo de esa inflación de galerías que se ve en Madrid y en Barcelona. Sí, también hay algo de eso, pero todo con más mesura.

Castejón

Castejón es también levantino, de Elche, y aunque alguna vez formó parte del «grupo d'Elx», de su pueblo, por lo que he podido ver está más ligado a la